

# **LA IDEA DE LITERATURA EN LA NUEVA CRÍTICA LITERARIA LATINOAMERICANA (1970-1985)**

**Diego Rojas Ajmad**

---

# THE IDEA OF LITERATURE AT THE NEW LATIN AMERICAN LITERARY CRITICISM (1970-1985)

## RESUMEN

La llamada Nueva crítica literaria latinoamericana fue un movimiento continental de renovación de los estudios literarios que surgió en la segunda mitad del siglo XX y que agrupó a destacados estudiosos como Ángel Rama, Antonio Cornejo Polar y Antonio Candido, entre otros. Vista en conjunto, su labor evidencia una persistente lucha por la construcción de un objeto de estudio (la literatura), de un sujeto de investigación (el crítico) y de un espacio inteligible (América Latina) propios, que dieran valor de originalidad y autonomía a una posible ciencia literaria de lo latinoamericano.

La originalidad y objetivo de este artículo radica en la descripción y comprensión de la labor impulsada por la Nueva crítica literaria latinoamericana y su inserción en una larga tradición del discurso crítico que, en América Latina, inicia en el siglo XVII. Pensamos, al igual que de la Campa (1999), que es innegable el aporte de este conjunto de críticos al desarrollo de los estudios literarios latinoamericanos, cuya contribución derivó en un cambio de paradigma en la ciencia literaria que venía haciéndose en el continente, cuyo énfasis radicó en la idea de reenmarcar la obra literaria en su contexto antropológico y social, para que en esta nueva visión el crítico sirviera de sujeto político que coadyuvara a la transformación y reconstrucción de un nuevo espacio plural y democrático llamado "Latinoamérica".

**Palabras clave:** Nueva crítica literaria latinoamericana, Ángel Rama, Antonio Cornejo Polar, Antonio Candido.

## AUTORES

**Diego Rojas Ajmad**

*Universidad de Guayana.*

*Centro de Investigaciones y Estudios en Literatura y Artes. Ciudad Guayana, Venezuela*

*Correo electrónico: rojasajmad@gmail.com*

## ABSTRACT

The so-called New Latin American Literary Criticism was a continental movement of renewal of literary studies that emerged in the second half of the twentieth century and brought together prominent scholars such as Angel Rama, Antonio Cornejo Polar, Antonio Candido, among others. Taken together, his work demonstrates a persistent struggle for the construction of an object of study (literature), a research subject (the critic) and an intelligible space (Latin America) own that give originality and autonomy to a possible literary science of Latin America.

The originality and objective of this article lies in the description and understanding of the work promoted by the New Latin American Literary Criticism and its insertion in a long tradition of critical discourse that began in Latin America in the 17th century. We think, like de la Campa (1999), that the contribution of this group of critics to the development of Latin American literary studies is undeniable, whose contribution led to a paradigm shift in literary science that was taking place in these fields and whose emphasis was on the idea of reframe the literary work in its anthropological and social context, so that in this new vision the critic served as a political subject that would contribute to the transformation and reconstruction of a new plural and democratic space called "Latin America".

**Keywords:** New Latin American Literary Criticism,

**Recibido: 28 de febrero 2018**  
**Aprobado: 28 de mayo 2018**

## 1. EL MASOQUISMO DE PENSARNOS

Si considerásemos a los estudios literarios como una disciplina científica, entendiendo por “ciencia” a aquellos discursos y prácticas que fundan su quehacer en un conocimiento “racional, sistemático, exacto, verificable y por consiguiente falible” (Bunge, 2005 p.1), sería posible entonces concebir la historia de la ciencia literaria<sup>1</sup> como el desarrollo de un interminable proceso de definición y ajuste de fundamentos, nociones y herramientas metodológicas que dan vida y guían sus argumentos. Estos cambios en la epistemología científica, vistos también como quiebres de modelos o revoluciones de paradigmas, han sido, al decir de Kuhn (1971), el motor mismo de las transformaciones del saber. En el caso particular de la crítica literaria latinoamericana, la persistente lucha por la construcción de un objeto de estudio (la literatura), de un sujeto de investigación (el crítico) y de un espacio inteligible (América Latina) que dieran valor de originalidad y autonomía a una posible ciencia literaria de lo latinoamericano, ha caracterizado ese esfuerzo que Zum Felde (1954) llegó a resumir en “conocerse, comprenderse, interpretarse a sí misma a través de una heroica autocrítica, que a veces llega a parecer masoquismo” (p.11).

Así, si el ejercicio de la crítica literaria en este continente ha respondido a los vaivenes de la reflexión teórica y metodológica y si sus apuestas por la construcción de nociones y herramientas científicas han marcado su quehacer (que a veces ha sido solo de imitación y copia), es preciso preguntarse entonces acerca de las características de esos sujeto, objeto y espacio de investigación que conforman el saber literario latinoamericano. Para esta investigación, nos

enfocaremos particularmente en reconstruir la noción de literatura (sin por ello dejar de mencionar las posibles relaciones con su sujeto y espacio de investigación) que hilvanó la llamada “Nueva crítica literaria latinoamericana”, surgida en la segunda mitad del siglo XX, entre cuyos autores podemos mencionar al brasileño Antonio Candido (1918-2017), al peruano Antonio Cornejo Polar (1936-1997), al uruguayo Ángel Rama (1926-1983), al cubano Roberto Fernández Retamar (1930), al argentino Alejandro Losada (1936-1985), entre otros<sup>2</sup>. En esta lista se evidencia una diversidad de nacionalidades que denota un campo cultural de influencia continental. Pensamos, al igual que Román de la Campa (1999), que, a pesar de las diferencias de criterio y de método que pudieron haber existido entre ellos, es innegable el aporte de este conjunto de críticos al desarrollo de los estudios literarios latinoamericanos, cuya contribución derivó en un cambio de paradigma en la ciencia literaria que venía haciéndose en estos países y cuyo énfasis radicó —hipótesis de este trabajo— en la idea de reenmarcar la obra literaria en su contexto antropológico y social, para que en esta nueva visión el crítico sirviera de sujeto político que coadyuvara a la transformación y poder así reconstruir un nuevo espacio plural y democrático llamado “Latinoamérica”.

## 2. DE LA NADA, NADA PROVIENE

La asunción a mediados del siglo XX de la Nueva crítica literaria latinoamericana podría entenderse como una fase más del lento proceso de reconocimiento e indagación de nuestra cultura. Una genealogía de la conciencia sobre este nuevo continente podría iniciarse en 1629 con Antonio León de Pinelo y su *Epítome de una bibliotheca oriental y occiden-*

1 Para profundizar en la idea de una ciencia de lo literario y de sus posibilidades, remitimos a los trabajos de Ermatinger (1983) y Mignolo (1989).

2 ¿Por qué no al venezolano Domingo Miliani, (1934-2002)?,

tal, náutica y geográfica, etc., en que se contiene los escritores de las Indias Occidentales especialmente del Perú, Nueva España, La Florida, El Dorado, Tierra Firme, Paraguay y el Brasil, y viajes a ellas, y los autores de navegación y sus materiales y apéndices, primer repertorio de la literatura latinoamericana del que comenta el bibliógrafo mexicano Ernesto de la Torre Villar: “[e]l inmenso mérito de León Pinelo fue el de haber reunido en un solo cuerpo y por vez primera, la producción bibliográfica relativa al Nuevo Mundo, incluyendo las Filipinas. La suya es la primera bibliografía americanista” (citado en Eguiara y Eguren, 1986, p.CLXXXVII). A ese temprano proyecto de reunión y valoración de conjunto de la cultura latinoamericana podrían sumarse otros, como los repertorios de Lorenzo Botudini Benaduci, *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional. Fundada sobre material copioso de figuras, símbolos, caracteres, y geroglíficos, cantares y manuscritos de autores indios, últimamente descubiertos*, de 1746; Juan José de Eguiara y Eguren, *Biblioteca mexicana*, de 1755; José de Eusebio de Llano Zapata y sus *Memorias histórico físicas apologéticas de la América meridional que a la magestad del Señor Don Carlos III dedica Don José Eusebio de Llano Zapata*, de 1761; Juan Antonio Navarrete y su *Arca de Letras y Teatro Universal*, de 1783, entre muchos otros que servían como constructores de un corpus americano cuyo inmenso valor cultural y estético no tenía correspondencia con el desinterés mostrado por el Viejo Mundo (Hachim Lara, 2001).

Luego del inventario vendría la tarea de comprensión y defensa. A ello se dedicó Andrés Bello, cuya obra tanto poética como ensayística señalaría la impronta de la autonomía intelectual como correlato de la libertad política emprendida por Simón Bolívar y José de San Martín. De Bello diría Felipe Herrera (1989), poniendo énfasis en la constante preocupación del precursor del latinoamericanismo:

América Latina fue la gran tarea de Bello; la audiencia, a quien se dirige, es nuestro continente; americano es su estilo, que dentro de los cánones clásicos, tiene mucho de nuestro barroco; latinoamericanos son los sentimientos e inspiraciones del poeta y sus conceptos filosóficos; latinoamericanos son los enfoques del jurista, del filólogo y del crítico; latinoamericanos sus ideales de independencia ideológica para dotar al continente de una personalidad propia, fundada en una profunda tradición española y occidental, pero al mismo tiempo, con caracteres originales que acusan una vigorosa y promisoría personalidad. (p. 18).

El llamado de Bello a “dejar la culta Europa que tu nativa rustiquez desama” y la construcción de una gramática “para uso de americanos”, con el apoyo de la obra de Sarmiento, Martí, Alberdi y otros, alimentarían la tradición de conciencia continental que a principios del siglo XX impulsarían autores como Camila, Pedro y Max Henríquez Ureña, Carlos Mariátegui, Mariano Picón Salas y Leopoldo Zea, cuyo pensamiento de integración y revaloración serviría de fundamento a la Nueva crítica literaria latinoamericana.

Esta familia latinoamericana de la Nueva crítica, que inició en el siglo XVII, se afianzó en la tradición de redefinir un corpus literario que representara, con marchas y contramarchas, la diversidad de nuestra cultura. Los dilemas entre oralidad y escritura, la invisibilidad de los discursos indígenas y africanos, la confluencia de voces e intereses en la madeja de nuestra sociedad y el uso de “región” y “período” como categorías insuficientes, signaron el empeño de la Nueva crítica en la búsqueda de un objeto de estudio más “real”, acorde con lo que la historia lati-

noamericana evidenciaba.

Sin embargo, la ampliación y apertura del corpus no resulta en una simple y mecánica adición de autores y obras. Un nuevo objeto de estudio amerita nuevos métodos, nuevas epistemes; en fin, una nueva ciencia que lo aborde e intente apartar los velos que cubren su existencia. La Nueva crítica latinoamericana, por tanto, cuestionó el quehacer mismo de los estudios literarios como una consecuencia de la recuperación, de la toma de conciencia de un conjunto de obras olvidado y desestimado por la crítica tradicional, exigiendo una transformación cognitiva para que, con nuevas herramientas, el recién construido objeto de estudio mostrara todas sus cualidades. Se ha asumido que el surgimiento de la Nueva crítica latinoamericana tuvo como chispa de inicio la aparición de un nuevo corpus de obras, agrupadas bajo el término Boom, que, en la experimentación de temáticas y lenguajes, impulsó el análisis desde inéditas perspectivas. Al respecto, Agustín Martínez (1995) señala el hecho de que este cambio epistemológico no surgió, como podría suponerse, de una derivación del Boom latinoamericano de la década del sesenta, como necesidad de una renovación crítica ante la renovación creadora, sino que, años antes, el reclamo ya había hecho aparición:

En realidad, las exigencias de actualización y renovación de la crítica ya se habían hecho sentir desde fines de la década del cuarenta, antes de que se hiciera obvia la renovación de las letras continentales al inicio de los años sesenta. Testimonio de ello, son los trabajos del cubano José Antonio Portuondo, particularmente su ensayo "Situación actual de la crítica literaria hispanoamericana", de 1949, y "Crisis de la crítica literaria hispanoamericana", de 1951. Por otra parte, ya desde esa época

se había generalizado un sentimiento de malestar respecto a la situación de la crítica hispanoamericana que fue expresado por diversos autores, entre los cuales Baldomero Sanín Cano y Hernando Telles [sic], ambos en Colombia. (p. 16).

Aunque Agustín Martínez fije los límites iniciales de la Nueva crítica literaria latinoamericana en la década de los cuarenta, este argumento, de mirada corta, viene a recalcar nuestra hipótesis, antes señalada, de que la conciencia continental y la exigencia de renovación de los estudios literarios son parte de una tradición que tiene en realidad sus orígenes en el siglo XVII. Así, la Nueva crítica no es un milagroso acto que surge de la nada; es, por el contrario, un momento del largo proceso de construcción de un corpus latinoamericano y de la necesidad de buscar nuevas formas de acercarse a esa literatura. Un nuevo objeto, un nuevo contexto, que requieren de un nuevo sujeto de investigación.

### 3. DE PECES VIVOS Y MUERTOS

Pudiéramos afirmar, aun a riesgo de ser víctimas del esquematismo, que a lo largo de la historia de la crítica, y de manera cíclica, han existido dos formas de pensar la obra literaria. Una la entiende como objeto autárquico, cual mónada filosófica, ajena a la realidad, al contexto y a todo vaivén del mundo. Así, una obra literaria se comprende en relación con las otras y, fuera de ella y de ese subsistema de obras, no hay explicación posible. Otra forma de reflexionar sobre la obra literaria es saberla parte de los procesos culturales de producción, distribución y consumo que las comunidades, quizás desde su misma conformación, han ejercido como práctica de variados fines.

La crítica se ha debatido entre estos dos polos, en cuyo espectro pueden manifestarse diversos grados: entre ver su objeto de estudio disecado, inalterable,

admirado por ojos de taxidermista, o vivo y cambiante, en su contexto natural, en manos y oídos de emisores y receptores. Podríamos decir, con Antonio Machado (2003), que el crítico es como el hombre que desea estudiar peces y tiene dos opciones: o pescarlos y arrojarlos muertos sobre la arena para examinarlos mejor, en la inamovilidad, u observarlos en su fugitivo nadar:

Hay dos modos de conciencia:  
una es luz, y otra, paciencia.  
Una estriba en alumbrar  
un poquito el hondo mar;  
otra, en hacer penitencia  
con caña o red, y esperar  
el pez, como pescador.  
Dime tú: ¿Cuál es mejor?  
¿Conciencia de visionario  
que mira en el hondo acuario  
peces vivos,  
fugitivos,  
que no se pueden pescar,  
o esa maldita faena  
de ir arrojando a la arena,  
muertos, los peces del mar? (p. 184).

La Nueva crítica literaria latinoamericana se decidió por “alumbrar un poquito el hondo mar”, viendo en la dinámica de su entorno, en su mismo medio, los “peces vivos, fugitivos”. Es una apuesta por entender la literatura en su contexto o, como diría Ángel Rama (2006), pensar la literatura “desde su marco antropológico”, como producto cultural que circula por y entre seres humanos, lo que exige de parte del crítico un cambio epistemológico de grandes dimensiones; pues de una ciencia jerarquizada, previsible, de relaciones causales, objetiva, de fuentes e influencias, se pasa a una concepción dialógica, no lineal, desjerarquizada, imprevisible y múltiple.

Para la Nueva crítica literaria latinoamericana la obra

es un objeto movedizo, enmarañado con las aristas de la realidad del mundo. Este cambio, “giro copernicano” de la investigación literaria, dividió las aguas en la concepción del objeto de estudio, deslinde que describe Ángel Rama (1991) en charla pronunciada en México en el año de 1972 y que vale la pena transcribir en extenso:

Dos grandes líneas pueden dibujarse; ellas permiten ver a la obra literaria de muy diversa manera y nos conducen a resultados bastante diferentes. Para una, la obra es una invención artística autónoma, válida en sí misma y capaz de desplegar suficientes significados sin ayuda de otros datos intelectuales. Como la operación crítica es siempre una operación de reinserción, en un cuadro donde las resonancias y las referencias se completan y explican, esta dirección del análisis reinserta la obra literaria en otras obras literarias y en aquello que en todas ellas concurre a la mayor especificidad: eso que un estructuralista llamaría *la literaturidad*, con lo cual queda fijado el límite estrecho del campo crítico en beneficio de una propuesta de concentración y de especificidad.

Otra dirección es la que, reconociendo también la validez autónoma de la obra literaria, busca sin embargo reinsertarla en un campo más variado y complejo que es el de la cultura, el cual, obviamente, desborda al de la literatura. En esta concepción, la obra alude, refiere, contesta, dialoga y desarrolla otros sectores intelectuales que no son literarios, en la misma medida y paralelamente al cumplimiento de un curso específicamente literario (...). Por lo tanto, verla (a la obra literaria) dentro del

marco de la literatura significaría amputarla de sus proposiciones rectoras, y significaría incomprenderla al ignorar el discurso general del que procede y al que concurre. (pp. 27-28).

Este énfasis dado a la reinserción de la obra literaria en las otras series sociales (la económica, la social, la política, la histórica, etc.), como un intento de búsqueda de significaciones en el proceso todo de la creación literaria y su consumo, caracterizó la labor de la Nueva crítica literaria latinoamericana, entendiéndose como una superación de la estilística y su obsesiva idea de obra literaria como un objeto exclusivamente autónomo. Es el señalamiento de Candido (1995) al afirmar que acercarse a la obra literaria solo desde sus rasgos estéticos, obviando los factores sociales y psíquicos, resulta en “querer lograr lo que solamente el barón de Münchhausen logró: salir de un pantano tirando de sus propios cabellos” (p.185). Este cambio de rumbo de la crítica latinoamericana por la senda del análisis culturalista es más claro aún en Cornejo Polar (1982), cuando afirma, en oposición a la crítica inmanentista:

Se olvida que la literatura es signo y que inevitablemente remite a categorías que la exceden: al hombre, la sociedad, la historia; se olvida, al mismo tiempo, que la literatura es producción social, parte integrante de una realidad y de una historia nunca neutrales, y tal vez por eso se omite toda referencia contextual y todo discernimiento de valores. Falazmente eficiente, entrampada en la búsqueda de su “coherencia interior”, cada día más esotérica y atomizada, la crítica inmanente supone en definitiva la renuncia a entender la literatura como actividad concreta de hombres concretos. (p. 14).

Entender la literatura como “actividad concreta de

hombres concretos” no significaba asumir a la sociología como nueva disciplina rectora de la ciencia literaria. Como la teología medieval, a la que le endilgaban el título de ciencia dominante de la cual dependían las demás disciplinas (*philosophia ancilla theologiae*), la *lingüística estructuralista a mediados del siglo XX engullía las esperanzas de autonomía de las ciencias humanas y las hacía depender de ella, cuales siervos*. No pretendía la Nueva crítica literaria latinoamericana cambiar de amo, de la lingüística a la sociología, sino hacer una ciencia literaria con métodos propios, como afirma Cornejo Polar (1982):

[n]o se trata de sociologizar el conocimiento de la literatura, y menos si por este camino la literatura termina siendo poco más que una fuente de comprobaciones para tesis ya establecidas en la explicación de un horizonte más vasto, pero sí de evitar una abstracción ilegítima. (pp. 14-15).

Sin embargo, esta búsqueda de autonomía metodológica no implicaba una actitud de rechazo a los modelos venidos de otros territorios. Al contrario, en el contacto con otros enfoques, en la relación con las dinámicas, preguntas y métodos de la investigación literaria europea y norteamericana, la Nueva crítica literaria latinoamericana se actualizó y se insertó en el debate mundial de las letras. Según Martínez (1995):

Las tendencias que ingresaron al continente a partir de la segunda mitad de la década de 1940 (*New Criticism*, fenomenología, formalismo, crítica sociológica y marxista, estética de la recepción, etc.) fueron el vehículo a través del cual se realizó la integración de la crítica latinoamericana al paradigma de la investigación literaria europeo y norteamericano. De allí que, más allá de los ruidosos debates y polémicas que originó la recepción de estas tendencias,

su importancia consistió en la función de “puente” que las mismas desempeñaron, haciendo posible la incorporación de la crítica del continente al amplio debate en torno al problema del conocimiento en las ciencias humanas que ha dominado una parte significativa de la reflexión filosófica en nuestro siglo. (p. 8).

Esta actitud de apertura de la Nueva crítica literaria latinoamericana hacia las corrientes de la crítica literaria mundial y el acercamiento hacia disciplinas ajenas, como la antropología, vinieron alentada (o quizás dialécticamente también haya sido su consecuencia) por la transformación de la noción de la literatura, alejada de la visión canónica, letrada y tradicional. En palabras de Candido (1995):

Daré el nombre de literatura, en un sentido lo más amplio posible, a las creaciones de toque poético, ficcional o dramático de todos los niveles de una sociedad, de todos los tipos de cultura, desde lo que llamamos folclore, leyenda, chiste, hasta las formas más complejas y difíciles de la producción escrita de las grandes civilizaciones.

Vista de este modo, la literatura se presenta claramente como la manifestación universal de todos los hombres en todos los tiempos. No hay pueblo y no hay hombre que puedan vivir sin ella, es decir, sin la posibilidad de entrar en contacto con algún tipo de fabulación. (p. 155).

Esta noción de literatura de Candido, cuyos rasgos más evidentes son la universalidad y el carácter culturalista, fue compartida por la mayoría de los representantes de la Nueva crítica literaria latinoamericana, para quienes abordar el estudio de la obra de Jorge Luis Borges, Gabriel García Márquez o Julio

Cortázar no reñía con investigaciones acerca de las letras de tango, la poesía gauchesca o la literatura oral indígena. Así, Se enfrentaba el investigador a un nuevo objeto de estudio que le planteaba nuevas interrogantes.

#### 4. NUEVOS VINOS, NUEVOS ODRES

La reconfiguración de lo literario requería de un nuevo sujeto que emprendiera no solo la tarea de ampliar el corpus y adecuar los métodos de investigación a ese nuevo objeto de estudio; exigía, además, que la labor del crítico se enmarcara en una acción que tuviera influencia en el devenir de los pueblos latinoamericanos. Así lo entendía la Nueva crítica literaria latinoamericana, para quien la función social de la crítica no estaba reñida con las exigencias científicas de la objetividad. Es claro en ello Cornejo Polar (1982), al afirmar:

La crítica literaria latinoamericana debería considerarse a sí misma como parte integrante del proceso de liberación de nuestros pueblos, no sólo porque de alguna manera es también crítica ideológica y esclarecimiento de realidad, en cuanto define la índole de las imágenes del mundo que la literatura propone a los lectores y en cuanto determina las características de un proceso de producción que reproduce la estructura de los procesos sociales, sino, también, porque al proponerse un desarrollo en consulta con los requerimientos específicos de su objeto está cumpliendo, en el orden que le corresponde, una importante tarea de descolonización. (p. 17).

Nuevos odres epistemológicos y de función social para los nuevos vinos de la literatura. Esa exigencia de “compromiso” del crítico literario, otra de las características de la Nueva crítica literaria latinoame-

ricana, a la par de la ampliación del corpus literario latinoamericano y la renovación de los métodos de investigación, venía estimulada por el contexto de la Revolución cubana, la cual desde 1959 difundió y estimuló una cierta idea de libertad y autonomía para el continente. Así, el nuevo investigador debía ser un sujeto consciente de las realidades políticas y de que su accionar tendría por finalidad el dar voz a los ignorados de la historia. En otras palabras, “el ingreso al campo de visión del saber académico operaría como una especie de gesto simbólico anticipatorio del ingreso efectivo de las colectividades marginadas al campo del poder” (Moré, 2009, p. 185).

Ese espacio de poder que representan los estudios literarios, desde el cual la Nueva crítica literaria latinoamericana pretendía alentar la lucha social para la construcción de una nueva realidad política, requería repensar América Latina y pasar de un espacio disgregado, “ancho y ajeno”, a uno integrado y múltiple: “[p]ara nosotros esta no es la hora de tal o cual país, sino la hora de América Latina como un gran complejo cultural, original, dentro de las estructuras mayores de la civilización universal” (Rama, 2006, p. 53).

Más que la obra en sí, sin obviarla, según la Nueva crítica literaria latinoamericana, la ciencia de lo literario debía centrar su praxis y episteme en los procesos culturales que le dan vida y sentido. Pedía reconocer que el “texto”, como señala su etimología, se constituyera en un “tejido” cuyos hilos provienen no solo de la madeja de lo literario, sino que lo social, lo económico, lo político, en fin, lo cultural todo, con sus razones y sinrazones, bordan y alimentan lo que llamamos obra literaria. Ello llevaba a la Nueva crítica literaria latinoamericana a exigir cierta visión interdisciplinaria que rompiera la visión unívoca y de límites que han tenido las disciplinas desde el siglo XIX y que surgiera como una práctica de investigación que dislocara el tradicional enfoque de individualismo académico.

Como comenta Cornejo Polar (1982):

Incluso si se le resume en sus líneas fundamentales (adecuación a la peculiaridad de la literatura latinoamericana, rigor científico y metodológico, integración al proceso de liberación social), la crítica literaria latinoamericana aparece como una vasta y compleja empresa que exige, cada vez más urgentemente, formas de trabajo colectivo e interdisciplinario. El cumplimiento de sus objetivos requiere una difícil transformación de los hábitos del trabajo crítico, todavía muy ligados al individualismo académico, y es posible que esta transformación sea la condición necesaria para solventar eficazmente el proyecto de una crítica de verdad latinoamericana. (p. 17).

¿Debe el crítico de hoy, luego de estas reflexiones, leer la literatura de modo tradicional, desde las nociones de objeto autónomo, estético, e ignorar la variedad de la cultura? ¿Debe refugiarse en disciplinas cerradas y defender una especificidad de su práctica que no es tal? La Nueva crítica literaria latinoamericana fue una vuelta a la literatura como hecho de cultura y puso nuevamente sobre nuestros hombros estas pesadas preguntas que infructuosamente habíamos querido ignorar.

## REFERENCIAS

- Bunge, M. (2005). *La ciencia. Su método y su filosofía*. Buenos Aires: Debolsillo.
- Campa, R. de la (1999). *América Latina y sus comunidades discursivas*. Caracas: Celarg.
- Candido, A. (1995). *Ensayos y comentarios*. México: Fondo de Cultura Económica.

Cornejo Polar, A. (1982). *Sobre literatura y crítica latinoamericanas*. Caracas: Facultad de Humanidades y Educación, UCV.

Eguiara y Eguren, J.J. (1986). *Biblioteca mexicana*. Estudio preliminar de E. de la Torre Villar. México: UNAM.

Ermatinger, E. y otros (1983), *Filosofía de la ciencia literaria*. México: Fondo de Cultura Económica.

Hachim Lara, L. (2001). "De León Pinelo a Beristain: ensayo sobre la tradición de los repertorios literarios hispanoamericanos". *Revista Chilena de Literatura*, (59), 139-150.

Herrera, F. (1989). *El escenario latinoamericano y el desarrollo cultural*. El Convenio Andrés Bello. Bogotá: Secretaría Ejecutiva del Convenio Andrés Bello.

Kuhn, T. (1971). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica.

Machado, A. (2003). *Antología poética*. Madrid: Edaf.

Martínez, A. (1995). *Metacrítica. Problemas de historia de la crítica literaria en Hispanoamérica y Brasil*. Mérida: Universidad de Los Andes.

Mignolo, W. (1989) "¿Teorías literarias o teorías de la literatura? ¿Para qué sirven?". En: G. Reyes *Teorías literarias de la actualidad* (pp. 41-78). Madrid: El Arquero.

Moré, B. (2009). "Diversidad literaria y diversidad de saberes en las ideas de Antonio Cornejo Polar sobre los estudios literarios latinoamericanos". En: *Leer en voz alta. Lenguajes emergentes de la crítica* (pp. 179-190). Mérida: Universidad de Los Andes.

Rama, Á. (1991). *La narrativa de Gabriel García Márquez. Edificación de un arte nacional y popular*. Bogo-

tá: Instituto Colombiano de Cultura.

Rama, Á. (2006). *Literatura, cultura, sociedad en América Latina*. Uruguay: Trilce.

Zum Felde, A. (1954). *Índice crítico de la literatura hispanoamericana. El ensayo y la crítica*. México: Guaranía.